

**GREGORIO MARTÍNEZ SACRISTÁN**  
OBISPO DE ZAMORA

**BONIFACIA:**  
**EVANGELIO SEGÚN NAZARET**

Depósito Legal ZA 57, 2011

Imprime: *Ediciones Monte Casino* (Monasterio de Benedictinas)  
Ctra. Fuentesauco, km. 2 • Apdo. 299  
Tfno. 980 53 16 07; fax 980 53 44 25  
Correo-e: [edmontecasino@planalfa.es](mailto:edmontecasino@planalfa.es)  
[www.benedictinaszamora.es](http://www.benedictinaszamora.es)  
49080 ZAMORA, 2011

CARTA PASTORAL POR LA CANONIZACIÓN  
DE LA BEATA

**BONIFACIA RODRÍGUEZ DE CASTRO**

DIÓCESIS DE ZAMORA  
2011



## INTRODUCCIÓN

*A los sacerdotes, consagrados y laicos*

Muy queridos hermanos:

Cuando habían transcurrido solo diez días desde mi llegada a esta Iglesia Diocesana de Zamora para iniciar la misión pastoral de presidirla y servirla como su Obispo, a mediados de febrero del año 2007, tuve la oportunidad de hacerme presente, con ocasión de una convocatoria diocesana, en un Centro educativo de las Religiosas Siervas de San José. Allí, en el Colegio “Divina Providencia” en Zamora, percibí que se mantenía el recuerdo y la presencia de una religiosa que en esa misma localización había vivido “santamente”, a quien se la conocía afectivamente como la Madre Bonifacia, y que su sola mención hacía surgir un aprecio agradecido hacia su persona.

Mientras que, poco tiempo después, fui descubriendo cómo en nuestra Diócesis permanecía el gozoso recuerdo de dos celebraciones, todavía cercanas en el tiempo, que se habían desarrollado en torno a esta religiosa. Así, por un lado, se rememoraba con gran emoción lo que se había vivido sólo tres años antes, a principios de noviembre del año 2003 con la celebración de su Beatificación en Roma. Y, por otro, se mantenía la memoria de la fiesta celebrada en Zamora en junio de 2005, con motivo del Centenario de su muerte.

Siendo vividos ambos momentos como sendas oportunidades por las que nuestra Iglesia Diocesana redescubrió la gran figura de Bonifacia Rodríguez de Castro.

También personalmente por mi parte, poco a poco, fui conociendo los rasgos más distintivos de la vida y la obra de esta religiosa, a través de su proyecto y prolongación más destacados: la Congregación de las Siervas de San José, la cual, desde su llegada a nuestra Diócesis, con la venida de su Fundadora, es el reflejo de lo que Bonifacia quiso y logró hacer presente con su vida entregándose por entero a Dios.

Además, percibía que, cada vez que se recordaba a la Beata Bonifacia, se podía descubrir un anhelo, que quizá sólo algunos lo suponían posible alcanzar, que pronto fuera reconocida y declarada “Santa” por la Iglesia. Con esta ilusión, una gozosa noticia nos llegaba desde Roma a mediados de marzo del año pasado: se aprobaba un milagro de curación de una persona sucedido el año 2003 en África, y que era atribuido a la intercesión de la religiosa Bonifacia; lo que posibilitaba ya el paso definitivo a su Canonización. Por eso, como ya conocéis, el 21 de febrero de este año el Papa Benedicto XVI anunciaba que el próximo 23 de octubre, Domingo del DOMUND, presidirá en Roma la Canonización de tres Beatos, todos ellos grandes figuras eclesiales del siglo XIX: Guido-María Conforti, obispo, misionero y fundador de los Misioneros Javerianos; Luigi Guanella, sacerdote, apóstol de la caridad y fundador de las Siervas de la Caridad y de las Hijas de Nuestra Señora de la Providencia, ambos italianos; y también, a nuestra apreciada y recordada Madre Bonifacia.

Cuando ya vemos aproximarse la gozosa jornada en que el Papa incorporará a la Madre Bonifacia en el venerable Ca-

tálogo de los Santos, he considerado conveniente escribiros una Carta Pastoral sobre su persona, informado y orientado por algunas biografías y diversas publicaciones sobre su vida y su obra editadas por su Congregación. En primer lugar, la he elaborado debido a que su Canonización constituye un motivo para el agradecimiento a Dios por este acontecimiento tan relevante y singular, como también nos ofrece una razón para la alegría compartida con toda la Iglesia. Así, de un modo más especial, las dos Iglesias Diocesanas, tan cercanas y vinculadas, de Salamanca y Zamora, debemos y podemos hermanarnos más, ya que a un miembro sobresaliente de ambas diócesis, la Madre Bonifacia, se le reconocerá participando plenamente en la gloria de los bienaventurados y se le podrá dar culto público en toda la Iglesia Católica. Y, con alegría fraterna, también nos queremos unir y participar del inmenso gozo y del anhelo cumplido de sus hijas: las Siervas de San José.

Y, sobre todo, he preparado estas reflexiones, como vuestro Pastor, con el propósito de alentar a toda nuestra Iglesia Diocesana de Zamora a acoger, celebrar y vivir con autenticidad y entusiasmo este acontecimiento tan extraordinario de la Canonización de Madre Bonifacia. Por eso ahora os ofrezco esta Carta Pastoral, con vistas a que os aliente a todos los católicos zamoranos: sacerdotes, consagrados y laicos, a conocer más la vida tan ejemplar de Bonifacia y a recibir su solemne agregación a los Santos como una llamada que el Señor Jesús nos dirige para avivar y consolidar nuestro particular seguimiento cristiano caminando en santidad de vida. Así como este escrito Pastoral quiere ser una motivación para que nos decidamos a acudir personalmente en peregrinación a Roma para participar en la celebración de su Canonización.

Considero provechoso desarrollar este acercamiento a la persona, la vida y la obra de Bonifacia Rodríguez de Castro tomando como hilo conductor de esta Carta Pastoral: *“Bonifacia: Evangelio según Nazaret”*, la síntesis de su itinerario creyente y apostólico plasmado en la oración colecta con la que la Iglesia celebra su memoria litúrgica, en la que suplica al Padre Dios en estos términos: *“Dios, Padre nuestro, que has llamado a la beata Bonifacia, virgen, a seguir a tu Hijo en su vida oculta y a servir a los pobres, hermanando la oración con el trabajo, concédenos como ella, buscar tu reino sobre todas las cosas de la tierra y gozar en tu casa de los bienes eternos”*.

Con esta plegaria se expresa cómo Bonifacia fue una mujer concreta, que recibe una vocación de Dios para desarrollar el seguimiento de Cristo, sobre todo, en dos perspectivas: la vida oculta y el servicio a los pobres, las cuales remiten a la vida de Jesús en Nazaret. Por lo cual esta Carta Pastoral la he distribuido en cuatro apartados. En los dos primeros me centraré en describir los hechos más destacados de su vida, dividida en dos pasos. Por un lado, el proceso de génesis de su vocación consagrada, y por otro, su itinerario como religiosa fundando la Congregación de las Siervas de San José. Mientras que en un tercer apartado presentaré los rasgos de su experiencia creyente, y terminaré recordando el carisma que nuestra Beata inició, vivió y aportó a la Iglesia.

## I

### ***“HAS LLAMADO A BONIFACIA”***

#### **UNA MUJER TRABAJADORA VOCACIONADA**

Para conocer la vocación de Dios a Bonifacia, acontecida y correspondida en su vida, nos corresponde comenzar conociendo quién fue Bonifacia en su historia personal, para lo cual recordamos los principales momentos de su biografía que nos remite, en primer término, a la ciudad de Salamanca en pleno siglo XIX. Allí, el día 6 de junio de 1837 nacía una niña, la primera hija del matrimonio formado por Juan Rodríguez y María Natalia de Castro. Un matrimonio salmantino de artesanos que desenvolvía su vida desde la sencillez y la caridad, y donde se cultivaba intensamente la fe cristiana. Nacía esta niña en las cercanías de los edificios más emblemáticos de Salamanca: las Catedrales y la Universidad. Recibió el Bautismo en la parroquia de la Catedral Vieja el día 10 de junio, poniéndosele los nombres de Bonifacia Norberta, y en esta parroquia le fue conferida la Confirmación el día 13 de octubre de 1842. Además esta familia se irá incrementando en años sucesivos hasta llegar a estar integrada por seis hermanos.

Durante su infancia Bonifacia asiste a la escuela pública donde recibe la instrucción primaria, aprendiendo a leer y escribir, una capacidad no muy extendida entre las mujeres de aquel momento y escala social, así como ya irá demostrando gran responsabilidad en el trabajo. También acude a la catequesis parroquial, en donde, junto a la experiencia cristiana vivida en su familia, Bonifacia recibió una formación cristiana básica que le despertará una viva piedad. Siendo

adolescente aprende el oficio de cordonera, comenzando a dedicarse a la elaboración de cordones, flecos y borlas, a través de lo cual se esfuerza por cooperar a sostener la sencilla economía de su familia.

Cuando Bonifacia tiene quince años acontece la muerte de su padre, con lo que la situación familiar sufre un cambio relevante. De tal manera que Bonifacia se ha de dedicar a ayudar a su madre para sacar adelante a toda su familia; para ello hubo de ponerse a trabajar a cuenta ajena fuera de su hogar familiar como cordonera. En su actividad laboral experimentará la crudeza del trabajo en horarios agotadores y con bajos salarios, viviéndolo en una situación social en que se veía con prejuicios que las mujeres salieran de sus casas para trabajar, ante el riesgo de ver afectada su dignidad y honradez. Poco tiempo después Bonifacia, siendo ya una mujer joven, establece su propio taller de cordonería y pasamanería, donde unirá la laboriosidad y la piedad.

En su taller salmantino de la calle Traviesa, los domingos por la tarde comienzan a reunirse junto a Bonifacia un grupo de mujeres para compartir su vida en la conversación, la oración y la sana diversión, reinando entre ellas un clima de amistad profunda y verdadera alegría. Además estas amigas se acercaban hasta el Hospital Viejo para visitar y ayudar a los enfermos que allí eran atendidos. Este grupo de mujeres cultivaba una asidua vida de piedad cristiana en torno a la Clerecía, adonde acudían con frecuencia para asistir a la Santa Misa, practicar la oración y ser dirigidas espiritualmente por los padres jesuitas que regían este templo. Estas mujeres, vinculadas entre sí por la amistad, ejercitaban distintas profesiones. También entre ellas se sentían unidas intensamente por la misma fe, el interés por vivir con integridad su condición cristiana y el anhelo de entregarse a Dios en la consagración religiosa.

Dentro de este grupo sobresale la figura de Bonifacia que constituye la persona que las aglutina en torno a sí, ya que las acoge afablemente en su casa-taller. Allí les brinda la posibilidad de encontrarse en el recibidor de su hogar. En este espacio hogareño desarrollan una experiencia de amistad y piedad, sintiendo cómo Bonifacia, además de acogerlas en su casa, “*a todas les encantaba su cariño, sencillez y amabilidad*”. Así, reunidas junto a Bonifacia, se sienten interesadas por su vida de entrega a Dios. Acuden estas mujeres creyentes a Bonifacia para ser aconsejadas y ayudadas por ella en su experiencia personal. Por su parte, nuestra Beata muestra una particular solicitud por cada una de ellas, acompañándolas en su vida espiritual. De modo que ésta es la etapa en que la influencia de Bonifacia llega a su punto más destacado, y cuando más será valorada por este pequeño y asiduo grupo de amigas.

Con el deseo de intensificar su vivencia cristiana Bonifacia y sus amigas deciden crear una Asociación de fieles que recibiría el nombre de Asociación de la Inmaculada y San José, y que posteriormente se denominaría Asociación Josefina. En esta Asociación pretenden cultivar más su formación cristiana y su deseo de entregarse a Dios, y también deseaban aprender un oficio con el que ganarse honradamente el pan. Además pretendían el objetivo de ofrecerles a las jóvenes de las clases populares: “*apartarlas de la corrupción, enseñarles el catecismo, y habilitarlas para ganarse el sustento*”, según las palabras del jesuita Francisco Butinyà, quien se convirtió en el director de esta Asociación Josefina. En las reuniones de estas mujeres se alimentaba la devoción de las asociadas a través de la orientación del sacerdote director y de diversas plegarias y cantos religiosos, siendo relevante la presencia y la participación de Bonifacia, a quien se la reconoce como “*la*

*más humilde, la más sensata, la más seria*”, sobresaliendo por su experiencia en el trabajo y en la práctica de la oración.

Por el año 1870, viviendo ya sola Bonifacia y su madre en su hogar familiar, Bonifacia continúa trabajando en su propio taller de artesanía y pasamanería por el cual conseguía *“ganarse el sustento y atender a las necesidades de la vida”*. Pero, un acontecimiento va a suponer un cambio decisivo en su orientación personal, ya que Bonifacia comenzará a entrar en contacto con el jesuita catalán Francisco Butinyà i Hospital. Este religioso había llegado a Salamanca en octubre de ese año para dedicarse como profesor del Seminario mayor diocesano. También el padre Butinyà consagrará gran parte de su acción pastoral en la Clerecía para atender a los fieles en el confesonario, ejercitar la dirección espiritual y la promoción del asociacionismo católico. Este jesuita había nacido en Bañolas en 1834, pertenecía a una familia de artesanos de buena posición y poseía una amplia formación. Además se mostraba muy sensible a la evangelización del mundo del trabajo, en especial a la nueva situación social que en ese tiempo estaba surgiendo del trabajo realizado en condiciones de explotación del obrero. También Butinyà manifestaba una especial preocupación por el trabajo femenino que se desarrollaba en peores condiciones que el de los hombres.

Bonifacia acudirá al confesonario del padre Butinyà en donde le desvelará cuál era su firme propósito en aquel momento: había decidido ingresar en la vida religiosa como monja contemplativa en el convento de las Dominicas Dueñas de Salamanca. Ante esta confianza personal, Butinyà, que ya conoce la intensa vida espiritual de Bonifacia, le propone fundar junto a él una nueva Congregación religiosa femenina bajo la denominación de *“Siervas de San José”*. Para

adquirir una adecuada preparación con vistas a la proyectada fundación, Bonifacia recibe, durante este tiempo, una mayor cualificación para las actividades manuales en un colegio de las religiosas Adoratrices en Ávila. Así, con admirable decisión Bonifacia acepta la novedosa propuesta del padre Butinyà, por la cual emprenderá con decisión una nueva dirección en su vida.



## II

### **“SEGUIR A TU HIJO EN SU VIDA OCULTA Y SERVIR A LOS POBRES”**

#### **BONIFACIA, FUNDADORA Y SIERVA DE SAN JOSÉ**

Con esto llegamos a una nueva etapa para Bonifacia: iniciar la vida consagrada y fundar una nueva Congregación religiosa. Por medio de Bonifacia, el padre Butinyà hará realidad lo que era una convicción en su vida, como ya lo había plasmado en sus escritos como en su libro: *“La luz del Menestral”*. Esta convicción consistía en encontrar a Dios a partir del trabajo cotidiano que cada persona, hombre o mujer, ha de realizar. Así la vida de Butinyà se volcará en ofrecer el Evangelio a los pobres, sobre todo, a los trabajadores marginados. Con su acción apostólica pretendía ayudar a descubrir a Dios en el trabajo para alcanzar la santificación personal de la experiencia laboral y así poder alcanzar la santificación de cualquier actividad humana. Para lo cual Butinyà se remitía a la vida de Jesús como trabajador en su hogar de Nazaret; o sea, este sacerdote jesuita consideraba y presentaba a Cristo como el modelo de los trabajadores.

Unidos en el proyecto de la fundación, Butinyà y Bonifacia se entregan a llevar adelante la nueva Congregación, para la cual contarán con las mujeres integrantes de la Asociación de la Inmaculada y San José, en la que el padre jesuita ejercía como director. Elaboradas por Butinyà las Constituciones de la nueva Congregación de religiosas, las “Siervas de San José” son aprobadas por el Obispo de Salamanca, Mons. Joaquín Lluch y Garriga, el 7 de enero de 1874. Mientras que

solo a los tres días después, el 10 de enero, seis sencillas mujeres salmantinas, entre las que se encuentran Bonifacia y su madre, inician la vida de la nueva Congregación en su casa-taller, comenzando la vida consagrada en comunidad, naciendo así un nuevo Instituto religioso en la Iglesia.

**a) “Seguir a tu Hijo en su vida oculta”. Bonifacia, fundadora en la Comunidad de Salamanca**

Las claves distintivas de la nueva Congregación son novedosas en ese momento histórico y en la situación eclesial donde surge. Así los Estatutos manifiestan que se ha de caracterizar por estos tres componentes: la oración y el trabajo hermanados, la acogida de las mujeres pobres sin trabajo y el fomento de la industria. Para una mayor concreción de su ideario nos encontramos con una definición de esta Congregación según esta descripción del Obispo salmantino: *“Las Siervas de San José, especie de sociedad cooperativa que la religión católica solamente puede utilizar, porque ofrece la base verdadera del capital y del trabajo común, fomentado con espíritu de piedad, de abnegación y de pobreza voluntaria”*.

Para las Constituciones, el elemento distintivo y nuclear del nuevo Instituto religioso se centraba en llevar a cabo que *“las casas de esta Congregación serán denominadas Talleres de Nazaret, siendo su modelo y ejemplo aquella pobre morada donde Jesús, María y José ganaban el propio sustento con su trabajo y el sudor de su rostro”*. Así, las Siervas de San José surgen en un espacio de trabajo, donde se laboraba para satisfacer las necesidades de las trabajadoras y también para poder ser solidarias con los necesitados, teniendo como referencia constante a Nazaret, ya que las Siervas procuraban imitar el estilo de vida de la Sagrada Familia.

Aparece Bonifacia como la cabeza en el primer Taller de Nazaret, que está formado por algunas amigas de la Asociación Josefina, en las que destacará que *“la mayoría eran artesanas, que trabajaban el oficio o industria que habían aprendido, y no aportaban más dote que su decidida voluntad de trabajar al abrigo de la providencia”*. Tenía el Taller como motivación fundamental la figura de Jesús como Siervo y trabajador en Nazaret, de manera que las religiosas artesanas se sentían alentadas por Él al contemplar que a semejanza de Jesús, también las Siervas de San José se dedicaban al trabajo manual.

Reconocen las religiosas josefinas a Jesús como el humilde trabajador de Nazaret, que siendo el Señor escogió voluntariamente el camino de la humildad y el ocultamiento, ya que *“Jesús bajó del cielo para vivir pobre y desconocido durante treinta años en la humilde casita de Nazaret y sujeto a la obediencia de dos pobres artesanos cuyo ejemplar modelo debían copiar las Siervas de San José”*. De tal modo que en el Taller se deben vivir las actitudes de Jesús, tratando de cultivar una relación de fraternidad y caridad, ya que *“el taller no está para ganar dinero, sino para santificarse por la caridad”*. Así el Taller ha de estar animado por una continua fraternidad que se concreta en que *“la principal regla de conducta y de gobierno, una acendrada caridad para con Dios y para con el prójimo”*.

A través de la vida en el Taller se procura conjugar la oración y el trabajo para hacer presente la vida de Jesús que hermanó estas dos acciones durante su permanencia en Nazaret. A la vez Bonifacia se preocupaba allí de los que vivían en necesidad ya que acogía a las mujeres desamparadas, con el fin de ofrecerles asilo con vistas a librarlas del peligro de perderse, es decir, de protegerles su dignidad y mostrarles

gran compasión. Bonifacia pretende que el Taller sea un ámbito para la acogida de las mujeres en situación marginal, donde se les ofrezca una formación y les posibilite su promoción laboral, de modo que se les capacite para insertarse en el trabajo fuera del hogar. Así el propósito de Bonifacia es ayudar a las mujeres pobres para que se formaran convenientemente con vistas a que pudieran acceder a un trabajo fuera del hogar obteniendo una remuneración para sus necesidades vitales. Por eso la formación en el Taller josefino ofrecerá una capacitación profesional y una educación religiosa para que las mujeres trabajaran preparadas laboralmente y en la presencia de Dios.

Además en el Taller, Bonifacia se esforzaba por armonizar la oración con el trabajo ya que estaba convencida de que el trabajo era un medio de santificación que debía ser esencial para la nueva Congregación. Así las Siervas de San José constituían un grupo o “cooperativa”; siendo trabajadoras artesanas eran al mismo tiempo las propietarias de la producción, llegando a integrarse en verdadera armonía cuantas mujeres trabajaban el Taller: las siervas, las acogidas y las aprendices. Procuraban todas santificarse a través de la oración y el trabajo, desplegando una dedicación según las capacidades de cada trabajadora y ofreciendo un reparto de los beneficios según las necesidades. En el Taller sobresalía la presencia de Bonifacia que *“siempre trabajando: la cordonería la dirigía ella, preparaba las máquinas de hacer cordones”*, y además, su espíritu laborioso le llevaba a animar a las otras trabajadoras: *“Fíjense y aprendan, que no tenemos más renta que el trabajo y en él debemos mirar el ejemplo de Nazaret”*.

Aunque pronto la actuación conjunta y coincidente de los dos fundadores de la nueva Congregación, Butinyà y Bonifacia, se va a ver debilitada, debido a que a los tres meses de la

fundación el padre jesuita es desterrado, teniendo que abandonar la todavía naciente comunidad de religiosas, en la cual Bonifacia ha sido nombrada superiora. Además, en enero de 1875, el Obispo que aprobó las Constituciones es destinado a la Diócesis de Barcelona, por lo cual Bonifacia queda sola al frente de la primera comunidad de Siervas de San José. En esta comunidad de consagradas Bonifacia llevará a cabo su responsabilidad de gobierno buscando que se amolde a la humildad de la Sagrada Familia. Así, en Bonifacia destacaba *“una sólida y acendrada caridad para con Dios y el prójimo”*, de modo que *“atendía a sus hermanas como madre cariñosa, ya que era amable, caritativa y amiga de complacer”*.

La casa de Bonifacia, donde se instaló la primera comunidad, resultaba reducida, por lo que se establece un nuevo Taller con más capacidad para llevar a cabo los objetivos de las Siervas de San José en el Colegio de los Ángeles. Aquí comenzarán las dificultades y los sinsabores para Bonifacia, ya que dentro de esta comunidad se genera un ambiente insano por las soberbias y las envidias de algunas de las nuevas hermanas, bajo la influencia de algunos sacerdotes diocesanos salmantinos, llegando a crearse una oposición respecto a la orientación original de la Congregación. Ante el desprestigio de su actuación, Bonifacia continuó procurando mantener la identidad primera de las Siervas de San José, destacando por su mansedumbre y su paciencia. Tiene que soportar la deslealtad y las amenazas dentro de su misma comunidad por mantenerse fiel a las Constituciones frente a las pretensiones de los nuevos Directores de la Congregación que no comprenden la conveniencia del Taller como forma de vida de las religiosas, ni que sean acogidas en él a mujeres trabajadoras.

Otra dificultad aparece en el caminar de Bonifacia como es la disolución del grupo inicial de la Congregación, por la

salida de algunas y, sobre todo, por la muerte de otras, lo que produjo un gran sufrimiento en Bonifacia, ya que con las fallecidas había emprendido la aventura de la novedosa vida religiosa. Además esto suponía el término del periodo en que Bonifacia había ocupado un papel influyente para las otras Siervas, de manera que se adentraba cada vez más en la experiencia del abandono y la soledad. A lo cual se unía el sufrimiento de ser acusada injustamente de la falta de atención en la enfermedad de las religiosas que habían fallecido, lo cual no era cierto. Y también la escasez de Siervas de San José, por lo tanto de trabajadoras, conllevaba el riesgo de mantener el Taller, lo cual impulsará a un grupo de la comunidad a plantear su viabilidad. Pero, Bonifacia no desiste en su propósito, sino que abre el Taller a jóvenes aprendices, para así desarrollar la acogida a mujeres desempleadas, ofreciendo trabajo a mujeres jóvenes, formándolas en un oficio y enseñándolas a orar en el trabajo.

Dentro de este caminar, entre gozos y sufrimientos de la primera comunidad josefina, sobresale el momento en que Bonifacia lleva a cabo su profesión religiosa que realiza el día 2 de febrero de 1876, fiesta de las Candelas, tan vinculada a la Sagrada Familia, la cual permaneció en la obediencia y fidelidad a Dios. Esta consagración religiosa la vive Bonifacia desde la alegría y con gratitud por la vocación recibida, comprometiéndose a darse en obediencia a Jesús, siguiendo su camino de abandono en la providencia de Dios. Para ella la vida consagrada se desarrollará en el Taller, ya que es el ámbito idóneo para imitar a la Sagrada Familia y acoger a las mujeres sin trabajo.

Los años transcurren para la comunidad de Siervas de San José que se traslada en agosto de 1881 a la casa de Santa Teresa, donde esta mística había fundado un convento en

1570. Para acondicionar y rehabilitar esta Casa, la comunidad ha de llevar adelante un gran esfuerzo y cuenta con ayudas de algunos bienhechores. Pero se mantenía la actitud hostil de algunas siervas hacia Bonifacia, incluso con el propósito de quitarla de Superiora, bajo la influencia del sacerdote Director de la Congregación. Conociendo esta situación solicita al Obispo su dimisión, pero no recibe respuesta.

Mientras tanto Butinyà se encuentra en Cataluña adonde pretende que acuda Bonifacia para fundar Talleres de Nazaret según el estilo del primitivo de Salamanca, pero la situación problemática en que se encuentra el salmantino no le permiten ausentarse. Por esto el mismo Butinyà establece algunos Talleres de Nazaret en tierras catalanas con mujeres trabajadoras según el reglamento del de Salamanca. Esto le alegra profundamente a Bonifacia y, junto a Butinyà, intentan que se unan bajo unas mismas reglas y autoridad los Talleres de Salamanca y Cataluña. Con el parecer favorable del Obispo a las Constituciones para todos los Talleres elaboradas por Butinyà y con el propósito de llevar a efecto la unión, Bonifacia emprende un viaje a Cataluña, mientras en su comunidad salmantina se vive un ambiente creciente de *“quejas y deseos de quitarla de superiora”*. Así, con esta pre-ocupación Bonifacia deja la comunidad salmantina viajando hasta Gerona para conseguir la unión de los Talleres.

Durante su estancia en Cataluña, finalizando 1882, con gran rapidez se tramita en el Obispado de Salamanca, a instancias del Director de la Congregación, su destitución como superiora de la comunidad y se nombra una nueva superiora, lo cual es conocido por Bonifacia cuando se encuentra de regreso, acompañada de Butinyà y algunas hermanas de Cataluña que retornan a Gerona. Esta destitución supondrá para Bonifacia un verdadero sufrimiento, ante lo cual acepta en

silencio la nueva situación, sin manifestar quejas ni rebelándose ante tal injusticia contra su persona, sino en silencio por esta humillación. Llegando a su comunidad josefina de Salamanca comprueba que no se la esperaba y, ante el desafecto que se le muestra, les manifiesta a las religiosas: “*que ya sabían que no tenía empeño en seguir siendo superiora, por tanto que no le hubiera parecido mal que eligieran a otra, pero no dar lugar a que ella estuviera ausente... y por la espalda no lo podía aprobar*”. Con lo que se inicia un tiempo en que Bonifacia es destinataria del desprestigio y la ofensa por su comunidad.

Allí en la casa de Santa Teresa permanece Bonifacia en su comunidad de Siervas de San José bajo una nueva superiora, viviendo en una situación de marginación, siendo objeto de humillaciones, desprecios y ataques verbales, llenos de crueldad. Durante los seis primeros meses del año 1883 la vida de Bonifacia se fue haciendo insufrible, de manera que se le ocupaba en los quehaceres más humillantes y era cuestionado cuanto realizaba. Esta dura situación le motivó a expresar cuánto estaba sufriendo al Obispo salmantino, quien le plantea qué puede realizar por ella y su madre ante tal situación. Ante lo cual Bonifacia le solicita permiso para marchar fuera de Salamanca a constituir una nueva casa de su Congregación de Siervas de San José.

#### **b) “*Servir a los pobres*”. Bonifacia, sierva fiel en su ‘Taller de Nazaret’ de Zamora**

Propuestas varias localidades en la provincia de Salamanca, Bonifacia prefiere establecer una nueva fundación en la ciudad de Zamora, para eso se dirige por carta al Obispo de esta Diócesis, Monseñor Tomás Belestá y Cambeses, solicitándole la autorización para fundar allí una nueva casa de

su Congregación. Así, a finales de mayo de 1883 recibe la respuesta afirmativa de este Obispo zamorano concediéndole permiso para realizar una fundación de su Instituto religioso en la ciudad zamorana. Por lo cual empieza a preparar su partida a esta ciudad, para lo que se encuentra con la dificultad de hallar una casa en la que pueda establecerse. Gracias a los contactos con un sacerdote, se le facilita una casa en renta. Y así, el 25 de julio de 1883, Bonifacia junto con su madre, teniendo los respectivos permisos de los Obispos de Salamanca y Zamora, parten de su comunidad josefina de Salamanca y se trasladan a Zamora para instalarse y fundar en esta ciudad una nueva comunidad de Siervas de San José.

Cuando llegan a Zamora se encuentran en una situación de gran pobreza, de incertidumbre, de rechazo por la comunidad de Salamanca que interpreta como soberbia la salida de Bonifacia, y además, con el desconocimiento por las gentes de Zamora de su obra. En unos pocos años desde su llegada a Zamora la pequeña comunidad que establece Bonifacia en esta ciudad ha de cambiar hasta en cuatro ocasiones de residencia, en parte debido a la escasez de medios con que hacer frente a las rentas de las diversas casas en que se instalan. Además, la comunicación con la comunidad de Salamanca cada vez se va diluyendo, de manera que se atienden con escasez las solicitudes de ayuda que le llegan desde Zamora. Y, también, la figura de Bonifacia se deforma y se silencia, así como se transforma la identidad original de la Congregación.

Gracias a la donación del Obispo de Zamora, año 1889, la comunidad de Bonifacia recibe una casa más apropiada para establecer el Taller en el número 11 de la calle la Reina de Zamora en la que podrá, por fin, llevar a cabo la finalidad de la Congregación en esta ciudad. A esto Bonifacia, con el pequeño grupo de religiosas que la acompañan, se entregan

con plena dedicación para poder ya estar instalada la comunidad religiosa en esta vivienda en el año 1890. Esta comunidad zamorana de Siervas de San José es muy reducida ya que está integrada por la Madre Bonifacia, que es la superiora, otras cuatro religiosas profesas, tres novicias, una sirvienta y siete colegialas. Ésta será la casa definitiva de Bonifacia durante su permanencia en Zamora.

Con la instalación en esta amplia casa de la calle la Reina, Bonifacia ya puede dedicarse al fin apostólico distintivo de su Congregación religiosa: *“Admitir a criadas desacomodadas y pobres desamparadas, a fin de librarlas de toda perdición”*. A este fin se entregará con gran esmero y alegría. Así Bonifacia se consagrará a la educación de las jóvenes pobres y trabajadoras, a las cuales enseñará a leer, a escribir y aprender el catecismo. También Bonifacia las formará en las labores del hogar y en un oficio con el que puedan obtener un beneficio para su sustento, consiguiendo armonizar de este modo la fe y el trabajo.

Con su acción Bonifacia procuraba que las mujeres que acogía en este titulado “Colegio de las Desamparadas” recibieran capacitación cultural y laboral. Para mantener su obra caritativa en esta casa, Bonifacia se servía de los beneficios de los trabajos que realizaba la comunidad de religiosas y de las donaciones que recibía de diversas personas. De modo que *“ejercía la caridad con las jóvenes que, desprovistas de casa para servir, corrían el riesgo de perderse, y cuya obra apostólica [las siervas] sostuvieron con el producto de su trabajo y con las limosnas que recogían en la ciudad y en los pueblos”*. Además, con las acogidas se ejercitaba una gran generosidad ya que *“les daban todo: vestido, comida y todo era gratuito”*. De tal manera que esta comunidad zamorana de Siervas de San José compaginaba la pobreza y la alegría.

A través de la educación que Bonifacia ofrecía a las jóvenes les preparaba para el trabajo y para la vida de fe, con vistas a que en la vida cotidiana, realizando los más diversos y sencillos trabajos, estas mujeres pudieran alcanzar la santidad. Para ello les alentaba a seguir el modelo de la Sagrada Familia de Nazaret, a través de la lectura del libro de Butinyà: “*La luz del Menestral*”, en donde se describía la vida de santidad de personas que se habían dedicado a ocupaciones profesionales sencillas. Así era cómo Bonifacia procuraba formarlas en la práctica de la oración y en la laboriosidad. Mostraba Bonifacia una caridad exquisita con las jóvenes acogidas, de modo que las trataba con solicitud y compasión, para ello se preocupaba por proveerlas en lo necesario. De manera que fue esta generosidad con las mujeres en pobreza y sin trabajo lo que distinguió la obra de Bonifacia en su comunidad de Zamora y también, lo que la fue separando de la comunidad josefina de Salamanca, que prefirió abandonar esta acción una vez que Bonifacia partió de allí. Esta acción generosa en beneficio de las mujeres necesitadas la mantuvo Bonifacia hasta el término de su vida.

Con el transcurrir de los años va creciendo la distancia entre las comunidades de Salamanca y Zamora, de modo que por parte de la comunidad salmantina se ha dado una actitud de abandono y rechazo hacia la de Bonifacia. Así como se ha cambiado la orientación apostólica de la Congregación, y se desarrolla una visión enturbiada de Bonifacia, acusándola de haber roto voluntariamente con la comunidad. De ahí que se llegue a decir “*que la fundación de Zamora se hizo por cuenta y riesgo de una sierva salida de esta casa... que esta comunidad no reconoce por hijuela suya, ni lleva relación alguna con la de Zamora*”. Además, desde Salamanca se preparan por los nuevos superiores eclesiásticos unas nuevas Constituciones

de la Congregación que se orientaba a la enseñanza, así como se solicita la aprobación pontificia del Instituto religioso sin querer incluir a la comunidad de Zamora. Ante lo cual Bonifacia procura restablecer la vinculación y suplica, con humildad, escribiendo a los responsables de la Congregación, para que se incluya también a la comunidad de Siervas de San José de Zamora.

Cuando está iniciándose el siglo XX, el día 1 de julio de 1901, una noticia ambivalente le llega a Bonifacia: el Papa León XIII ha concedido la aprobación pontificia a la Congregación de las Siervas de San José. Pero en ese Decreto no se incluía la comunidad de Zamora, lo cual le produce un gran sufrimiento a Bonifacia, ya que no se le admite como miembro, ni se le reconoce como fundadora en la Congregación que sólo dos décadas atrás ella misma y el padre Butinyà habían fundado.

Procura recomponer Bonifacia esta disgregación de las comunidades de las Siervas de San José para lo que viaja hasta Salamanca, llegando hasta la comunidad de la casa de Santa Teresa. Pero, allí existen órdenes de no recibirla y siente por ello el mayor desprecio y humillación como lo manifiesta decepcionada en esta expresión: *“Ya no volveré más a esta tierra que me vio nacer, ni a esta casa de Santa Teresa”*. Sin embargo, Bonifacia y su comunidad no se resisten a perder la vinculación con su Congregación. Y, manteniendo el deseo de que en algún momento se restablezca la unidad entre las Siervas de San José, dirá a su comunidad: *“No le deis más vueltas, mientras yo viva no se hará la unión”*. Anuncio que se verificará, ya que habrá que esperar la muerte, tanto de las personas que se le mostraban hostiles como la de Bonifacia, para que se alcance la unión de todas las comunidades de la Congregación.

A lo largo de su vida Bonifacia mantuvo una condición física fuerte y sana que le permitió salir airoso ante algunas dolencias infecciosas que sobrevinieron sobre algunas hermanas de la primera comunidad y en las situaciones de pobreza que vivió en la de Zamora. Cuando llevaba más de veinte años en su comunidad zamorana, en torno a los primeros meses del año 1905, comenzó a sentir ciertas dolencias de carácter nervioso, hasta que a comienzos de agosto ya se sintió en débiles condiciones. Percibía que su término se aproximaba, de modo que en la mañana del día 6 de agosto le fueron administrados los Sacramentos para los enfermos. En el anochecer del día 8 de agosto, a las diez y media horas, acostada en una sencilla cama de su querida casa de la calle la Reina, concluía a los sesenta y ocho años su recorrido en esta vida terrena.

Cuando estaba en los últimos momentos, antes de su muerte, expresó a las integrantes de su pequeña comunidad de religiosas su último anhelo: “*Que fueran buenas y que así se cumpliera la voluntad de Dios*”. En esta circunstancia de su muerte estaba acompañada de sus hermanas de comunidad, siete religiosas que eran los testigos de la entrega, amor y servicio de su superiora, y ellas pudieron contemplar su gesto de ponerse en manos de Dios en el momento último de su vida. Durante sus últimas horas Bonifacia se mantiene en constante plegaria a Dios, repitiendo súplicas dirigidas a la Sagrada Familia de Nazaret. Además, en este momento de su partida, llevaba colocada sobre su cuerpo una medalla con las imágenes de la Sagrada Familia, expresión de lo que había sido su existencia: imitar en su trabajo el taller de Nazaret.



### III

#### **“BUSCAR TU REINO SOBRE TODAS LAS COSAS” PERFIL ESPIRITUAL DE BONIFACIA**

Proseguimos este acercamiento a la persona de Bonifacia mirando a su interior, o sea, queremos descubrir su particular perfil espiritual. En él se nos se descubre a una persona íntegra, sencilla, y ejemplar. Bonifacia mantendrá como orientación de su vida corresponder a la vocación recibida, procurando agradar a Dios siempre; su vida será una búsqueda fiel y sacrificada del Reino de Dios sobre todas las cosas, ya que en ella sobresale, sobre todo, su caridad, tanto para con Dios como con los hombres y mujeres con que se va a encontrar en el camino de su vida. De manera que se la describe como una mujer paciente, afable, pacífica y ecuanime, alguien que vivió asentada en la verdad y permaneciendo en la fidelidad. Además se mostraba como una mujer bondadosa y cariñosa: *“era amable, caritativa y amiga de complacer”*, manteniendo una disposición a acoger con ternura a quien se le acercaba. También Bonifacia aceptaba lo adverso con normalidad y estaba dispuesta a *“perder su derecho para que no hubiera ofensa a Dios”*, sin descargar sobre los otros las dificultades sufridas. E, incluso, diciéndose de ella que *“toda su persona irradiaba un atractivo especial, encantaba por su cariño y sencillez”*.

Así su caridad tenía como destinatario preferente a Dios, de modo que destacaba porque al Señor *“quería complacer en todo”*. Este amor a Dios Bonifacia lo mostraba de múltiples maneras en su vida, procurando mantener una relación

amistosa con Él a través de la oración personal, así como de la contemplación en la acción y por medio de la recitación de abundantes plegarias, donde mostraba su plena confianza en Dios. Por medio de su experiencia intensa de oración, vivida en el silencio, Bonifacia encuentra a Dios en las ocupaciones de su trabajo, reconociendo un rostro de Dios caracterizado por la bondad, la misericordia y la providencia. Así su vivencia de Dios constituye el centro de su vida, sintiendo realmente la presencia divina, tanto en medio del trabajo como en la práctica de la oración. De tal modo que para Bonifacia Dios era considerado como la realidad más relevante de su vida, ya que era el Señor que le daba sentido a su existencia. Así se refleja en esta afirmación referida a ella: *“Hablaban mucho de Dios en sus conversaciones y recomendaba a las demás religiosas y personas que lo amaran y sirvieran”*. Sintiendo la presencia de Dios, Bonifacia hallaba en Él el manantial para la fortaleza y la alegría para su vida.

Experimentará a Dios como un Padre providente, lo que movía a Bonifacia a corresponderle en confianza, de modo que su vida fue un entregarse confiada en las manos de Dios, aceptando las realidades que le acontecieron en la vida desde la paciencia y el silencio. En su vida procuraba que se cumpliera la voluntad de Dios sobre ella. Con su paciencia aceptará el despojo que se le inflige con miras a imitar a Jesús paciente y silencioso. Siendo para Bonifacia Dios el centro de su vida y la orientación fundamental, cultivará su experiencia de Dios a través de una perseverante oración, de manera que en ella la oración fue un elemento clave de su existencia. Además destacará en Bonifacia que realiza gran parte de su oración desde el trabajo, otorgándole a éste una dimensión espiritual.

En su itinerario personal Bonifacia pronto se encontró con Jesús y con decisión se adhirió a Él con todas sus conse-

cuencias y de modo permanente, aceptando asumir como Él el sufrimiento. Para lo cual le servía de mucha ayuda su experiencia de oración ante el Crucificado, de tal manera que *“considerábase dichosa de imitar el silencio de Jesús en la Pasión, y su caridad en perdonar a los que lo crucificaron”*. Comprendió su vida como un seguimiento a Cristo hasta compartir su dimensión de sufrimiento. Lo cual lo experimentó en la marginación, el desprestigio, la soledad y el desprecio por parte de sus hermanas de Congregación, frente a lo cual no se defendió, sino que su sola respuesta fue el silencio. Así la vida de Bonifacia estuvo marcada, como la de Jesús el Siervo, por el signo de la cruz, vivida en la humildad y la caridad.

Sobresalió Bonifacia en su experiencia religiosa por su silencio, de modo que no ha dejado nada descrito sobre su propia vivencia espiritual en sus escasos escritos. El silencio será una característica y una constante en la trayectoria vital de Bonifacia. En él encontrará una Presencia, ya que por el silencio alcanzará la verdad sobre Dios y sobre su persona. En el silencio ella descubre un rasgo peculiar de la experiencia de Jesús en Nazaret, que de modo oculto y silencioso Cristo pasó gran parte de su vida.

Por medio del silencio Bonifacia alcanzó el manantial para la alegría. Así el silencio será el ámbito para acercarse a Dios, logrando alcanzar un gran silencio interior por cultivar un verdadero silencio exterior. De manera que el silencio era su ámbito para la oración, lo que le permitía colocarse delante de Dios, así como lo que le proporcionaba mantener una experiencia de paz y le capacitaba para el perdón ante las humillaciones recibidas. Gracias al silencio no se derrumbará ante las dificultades, así como se mantendrá en silencio ante las acusaciones que le señalaban como una persona no

capacitada para gobernar. Bonifacia considera que el silencio es imprescindible en la vida de comunidad, ya que ayudaba a generar la unidad entre las religiosas, por lo que se mostrará contraria a las murmuraciones y al ejercicio del juicio sobre las otras personas. Con su silencio Bonifacia mantendrá una cuidada experiencia de oración, por la que vivirá respecto de Dios en una continuada actitud de adoración y entrega a su misterio y a su voluntad. Con la particularidad que este silencio orante Bonifacia lo procuraba mantener tanto en la Capilla como en el Taller, considerado éste último como “*lugar de recogimiento y silencio*”, en medio de los esfuerzos propios del trabajo.

Reconoce Bonifacia en la experiencia de la Sagrada Familia en Nazaret el silencio como una nota destacada, de modo que su silencio era una actitud interior que la caracterizaba. Así Bonifacia sustenta su silencio en la experiencia de Jesús que se mantuvo sin proferir palabras en medio de las afrentas que recibió. Así Bonifacia se esfuerza por mantenerse en silencio y no mostrar una valoración negativa de las personas; de igual modo procura que su silencio no sea solo de palabras, sino también interior: “*el silencio que guarda el alma*”. Por medio del silencio se abre a la acogida receptiva de los otros así como a la compasión. Además, desde el silencio Bonifacia se abrirá a la escucha de la Palabra de Dios, en donde alcanza un conocimiento del Señor y una llamada a la vida en santidad. Por eso, manteniéndose en el silencio, Bonifacia alcanzará el anhelo de ejercitar la caridad en bien de todos, viviendo desde el servicio.

Amando a Dios, Bonifacia se sentía movida a amar a las otras personas, a través de un trato con los semejantes en los que abundaba en el servicio, la ternura y la acogida hacia cada uno. Por eso mostraba un gran respeto con cada per-

sona. Así resulta destacable cómo Bonifacia se mantuvo hablando positivamente de las personas que le provocaron sufrimiento, a quienes trataba de disculpar, reflejando así gran misericordia. Esta misericordia la expresa en su disposición constante a perdonar, excluyendo cualquier resentimiento y exhortando con frecuencia al ejercicio del perdón, que incluye tanto perdonar como pedir perdón. De modo que permaneciendo en su actitud de silencio, Bonifacia se capacitaba para el perdón. A imitación de Jesús, ejerció el perdón en abundancia a pesar de las ofensas recibidas y, al mismo tiempo, recordaba lo que suponía el no llevarlo a cabo con sinceridad, porque amaba a las personas, incluso a quienes la humillaban, por eso las perdonaba, mostrando un perdón exento de humillación hacia los otros, ya que estaba motivado por la comprensión de la debilidad del otro y por la percepción de lo bueno de cada persona. Así Bonifacia vivió perdonando al sentir cómo Dios concedía el perdón por su amor hacia cada ser humano.

Mostrará especial caridad hacia los necesitados, de modo que estaba siempre dispuesta a entregar de lo suyo, aunque estuviera en necesidad, a los pobres y mendigos que acudían a ella. De igual modo mostraba una continuada y solícita caridad con las niñas que estaban acogidas en el Taller, preocupándose por proveerlas de todo lo necesario, con la singularidad que *“esto no era con una, sino con todas hacía lo mismo; aunque se portasen mal; no era su ingratitud para entibiar su caridad”*. Bonifacia se distinguirá por ser una servidora de los débiles que se encuentre en su vida como lo demostrará con las jóvenes desempleadas, las sirvientas, los mendigos y los pobres.

Sobresalió en su amor hacia la Congregación de las Siervas de San José, sintiendo a todas las integrantes como sus

hijas, incluso manteniendo su amor hacia aquellas que le mostraron desprecios, ya que hacia ellas desplegó una actitud de perdón. Así cuando le tocaba corregir Bonifacia lo hacía con misericordia, como también estaba dispuesta a la escucha llena de paciencia a cada hermana, y además, alentaba a todas a *“que tuvieran mucha caridad”*. Lo cual le fue correspondido sobre todo en su comunidad de Zamora, ya que allí *“la querían mucho porque era toda bondad”*. Este gran amor hacia su Congregación le alentaba a esforzarse para que se mantuviera y se desarrollara según su proyecto original, aunque para Bonifacia le supusiera el rechazo.

Así fue cómo Bonifacia cultivó un amor fiel hacia la Iglesia, expresado en una disposición para vivir trabajando a su servicio y en la perseverante comunión mostrada con la jerarquía eclesial. Por eso permanece en obediencia hacia los diversos Obispos de los que dependerá y a los que acudirá con confianza y humildad, ya que en ellos sentía la acogida y la solicitud paternal de la Iglesia, a la que se gozaba de pertenecer. Resalta en Bonifacia su continuada y positiva actitud con la Iglesia, y dentro de esta experiencia, su aprecio hacia el ministerio pastoral, en el que confiaba y en el que se apoyaba, aunque a veces se encuentre con la oposición y el silencio.

A pesar de ello Bonifacia se mantiene en fidelidad a la Iglesia como una clave de su vocación, con el propósito de vivir en obediencia y servicio a la Iglesia desde su carisma concreto. Intentó ofrecer con humildad una aportación desde la Iglesia al mundo del trabajo, para restablecer su dignidad y procurar la santificación del trabajo más cotidiano, aunque esta perspectiva resultara poco comprensible en su tiempo en los ambientes eclesiales, y ante lo cual no se rebeló ni emprendió una corriente de rechazo. Le animaba a Bonifacia su profundo

amor a la Iglesia y su deseo de sentir con ella, desarrollando una permanente y obediente vinculación a los Pastores.

También sobresale en Bonifacia una actitud: la humildad, que será su talante para acercarse a Dios y a las otras personas; a través de su vida humilde alcanzará la verdad y experimentará la libertad. Recoge y revive el ejemplo de humildad que enseñó Jesús cuando dijo: “*Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón*”. Bonifacia será una fiel imitadora de Cristo humilde. Así es como experimentó que la humildad hacia los semejantes se alcanza cuando se ha vivido humildemente delante de Dios y se ha dejado liberar internamente y llenar de humildad. Esto le permitirá vivir desde la fortaleza y la ternura, y estar dispuesta a la acogida de los otros, sobre todo como lo mostrará recibiendo a las mujeres necesitadas. Con su vida conjugará la humildad y la compasión para cuantos se acerquen a ella.

Dentro de las claves fundamentales de la espiritualidad de Bonifacia está Santa María Virgen, que tendrá una importancia destacada a lo largo de toda su vida, sobre todo, contemplada desde su experiencia en Nazaret junto a Jesús, su Hijo, y José. En María descubrirá el modelo perfecto de conjunción de trabajo y oración en la vida. Bonifacia mantiene una intensa y muy fiel piedad mariana desde su agregación temprana a la cofradía de las Hijas de María. Así en María encuentra Bonifacia el modelo perfecto de santidad y de consagración a Dios.

Cuando inicia su experiencia de consagrada en el Taller de Nazaret, Bonifacia contemplará a María desde la perspectiva de su significativa participación en la infancia y en la vida oculta de Jesús, de manera que la Virgen pasa a ser su modelo de contemplación en la acción. Apoyada en María irá acer-

cándose a la infancia de Jesús a través de la recitación de diversas jaculatorias oradas en el Taller. En la vida del Taller josefino Bonifacia se mostrará como la Madre de las mujeres que allí trabajan en clima fraternal, y, también, siguiendo el ejemplo de Santa María, Bonifacia, junto a las otras Siervas de San José y las jóvenes acogidas, ejercerán continuamente la oración. Bonifacia irá descubriendo en María Virgen la vida desarrollada en silencio, servicio y humildad. Y reconocerá en la Madre de Jesús a la mujer laboriosa, que vive en lo sencillo y cotidiano agradando continuamente a Dios.

Además encontrará en María el modelo de sierva del Señor, ya que encaminó su vida en el servicio y la obediencia a Dios. Lo cual le alentará a imitarla, entregándose a Dios y uniéndose a Jesús en su condición de siervo, por lo cual Bonifacia vivirá en servicio de modo incondicional. También en María encontrará a la maestra del Taller, la que instruye a las Siervas de San José a vivir trabajando según el modelo de Jesús y José. Así será maestra en el Taller para otras trabajadoras.

Respecto a la Eucaristía, mostrará una destacada piedad y gran sensibilidad, sobre todo, reconociendo la presencia del Hijo de Dios en este Sacramento, ante el cual dedicará abundante tiempo de adoración y plegaria. Así nos encontramos con una convencida y gozosa convicción que reflejará en esta afirmación suya: *“Ahora podemos decir con verdad: Dios está delante de mí y yo delante de Él, me esta viendo, me está mirando”*. Para ella la presencia de Jesús en la Eucaristía le proporciona estos beneficios: *“Está como Padre para animarme, como Redentor para salvarme, como comida celestial para alimentarme”*. Bonifacia sentía esta cercanía del Señor en la Eucaristía reservada, de manera que oraba ante el Sagrario con frecuencia, tanto en las situaciones desfavorables como en las satisfactorias que fue viviendo.

Ante los sufrimientos recibidos Bonifacia se acercaba a la Eucaristía, para experimentar consuelo y fortaleza, así *“estaba sumamente complacida por tener a Jesús sacramentado que le endulzaba las penas de la vida”*. La presencia sacramental de Jesús la ayudaba a disipar la tibieza y la tristeza de la vida del Taller de Nazaret, y la alentaba para mantener una existencia coherente y laboriosa. De tal manera que Bonifacia llegará a decir: *“no hay mejor modo que andar en su presencia, sobre todo ahora que lo tenemos presente, real y verdaderamente en nuestra casa”*. Cada mañana realizaba su oración personal ante el Sagrario, encontrando allí la fuerza para las ocupaciones de la jornada. Además apreciaba y gozaba mucho con la recepción de la Eucaristía, lo cual procuraba que fuera frecuente. Y también alentaba a recibirla a las jóvenes acogidas en el Taller, tanto durante su estancia como después, cuando ya trabajaban fuera. Asimismo, destacaba su labor educadora sobre la Eucaristía en la catequesis que ofrecía a las niñas, sobre todo al prepararlas a la primera comunión.

Sobresale dentro de su itinerario espiritual la figura de San José, que ocupará un puesto relevante en la vida de Bonifacia, por influjo de la destacada presencia de la piedad hacia este santo en la Iglesia durante el siglo XIX, así como por la identidad josefina de su Congregación religiosa, puesta bajo el nombre y patrocinio de San José. De modo particular, Bonifacia mirará a San José desde su relación con Jesús y María a través de los diversos ejercicios piadosos josefinos, que practicará en su vida religiosa en los que se resaltaba la fe, el amor, el trabajo y la oración vividos por San José.

Por un lado, Bonifacia reconocerá en este santo el modelo que las Siervas han de imitar en cuanto maestro en la experiencia del trabajo en el taller y, por otro, lo considerará

como maestro de la vida interior, ya que *“Dios le confió el cuidado de las dos personas más queridas en la tierra, Jesús y María”*. Así, descubrirá en San José al hombre creyente y fiel que con perseverancia vivió para cuidar y custodiar a Jesús. De manera que Bonifacia hallará el significado de la misión de San José en los diversos acontecimientos de la infancia de Jesús, encontrando en este santo el testigo de la humildad de Cristo, la cual procurará Bonifacia imitar durante toda su vida.

Esta identificación vital con San José la desarrollará en su vida de servicio, en su experiencia de silencio y en la ausencia de protagonismo, como lo mostró San José en su vida oculta junto a María y Jesús en el desconocido Nazaret. Así Bonifacia considerará que el Taller ha de ser espacio de silencio, de trabajo y de servicio. Además encontrará en San José al padre que le aporta protección y al cual le corresponderá mostrándole un gran amor y una profunda piedad.

Además lo consideró su modelo en su labor formativa dentro del taller, ya que José fue maestro de Jesús en el trabajo, del mismo modo Bonifacia se servirá del trabajo para la educación de las jóvenes trabajadoras. A semejanza de San José, vemos en Bonifacia a una trabajadora que se gana el pan con el sudor de su rostro. Así como en San José, la oración en Bonifacia se realizaba en medio de las labores ordinarias. Al mismo tiempo encontró en San José al protector en las situaciones de necesidad, sufrimientos y rechazos, como aquel lo había ejercido con Jesús y María. Y, también, percibe en San José al servidor que realiza su servicio movido por la caridad.

Como en cada persona, encontramos en Bonifacia un anhelo de alegría, que supondrá en ella la conjunción de dos

experiencias vitales que le acompañan, tanto el sufrimiento como el júbilo, ya que conoció lo que es la soledad existencial y lo que conlleva sentir la paz por el gozo interior. Esta alegría interior se fundamentaba en que permanecía en vinculación con la fuente del gozo más verdadero, lo que le impulsaba a proseguir en su itinerario de fidelidad y bondad, reconociéndose guiada por Dios, lo cual le llevaba a experimentar que el Señor Jesús era su alegría. Esta experiencia de alegría la vivirá esta religiosa en medio de las labores del taller, ya que allí se cultiva y experimenta la fraternidad y la caridad; así como en él se siente la compañía de Jesús, María y José. De tal manera que para Bonifacia el trabajo genera un gozo verdadero.

Procuraba que su alegría se extendiese a toda la comunidad de religiosas, y más que buscar su propia felicidad, se esforzaba por suscitar la alegría de las otras personas, reconociendo que, mirando la experiencia de Nazaret, se encontraba el modo para vivir en la alegría. Así hallamos en Bonifacia un deseo permanente: por un lado, vivir agradando a Dios en todo, y por otro, transmitir alegría a cuantos se encuentre, sobre todo, dar alegría a las otras religiosas, sabiendo que los sufrimientos son transitorios, mientras el gozo perdurará; por eso ella vive en alegría y serenidad.



## IV

### **“HERMANANDO LA ORACIÓN CON EL TRABAJO”**

#### **EL CARISMA JOSEFINO SEGÚN MADRE BONIFACIA**

Con su fidelidad gozosa y sacrificada a la vocación recibida de Dios, Bonifacia inició, desarrolló y mostró un nuevo carisma en la Iglesia que se sintetiza en esta expresión característica suya: “*hermanando la oración con el trabajo*”; por eso en este apartado presento cómo desplegó y vivenció su particular aportación de vida cristiana. A través de su vida, Bonifacia ofreció un testimonio para la Iglesia y para el mundo de la primacía de Dios en la vida de los hombres, ya que a Él le entregó totalmente su persona desde la humildad y la gratitud, pues por todo se sentía beneficiada. El testimonio lo desarrollará desde su peculiar condición de mujer religiosa trabajadora, desde donde mostró la viabilidad de encarnar el Evangelio en el trabajo cotidiano. De modo que el anhelo de Bonifacia es desarrollar a través de su Congregación este propósito: seguir a Jesús hermanando la acción y la oración, cumpliendo así la voluntad de Dios; fue su constatación de la dignidad y relevancia de cualquier trabajo humano.

Su experiencia de trabajo la iluminó desde la fe cristiana y la acompañó con la oración, de manera que orando en medio de su actividad le llevaba a comprenderla como una alabanza al Creador y una respuesta en agradecimiento por cuanto de Él recibía. Para llevar a cabo su trabajo encuentra

como modelo la vida laboriosa de la Sagrada Familia de Nazaret; es decir, se siente motivada a trabajar contemplando a Jesús, María y José en su vivencia de trabajadores, los cuales vivieron esta condición desde la obediencia, ya que así en ellos se iba realizando el plan de Dios.

Como mujer trabajadora y creyente, Bonifacia hermanó en su vida la contemplación y la acción, ofreciendo con su ejemplo una orientación a todo el mundo del trabajo y expresando un estilo de trabajar creyente, testimoniando cómo la oración puede surgir desde la acción. Mostró al mundo que el trabajo no sólo dignifica al hombre sino que también lo puede santificar. Además, por su condición de trabajadora, se identificó y solidarizó con todos los trabajadores, llevando a todas sus consecuencias el seguimiento personal de Jesús trabajador en Nazaret. Y viviéndolo así, con su trabajo y su oración, Bonifacia se entregó al servicio de la Iglesia.

Bonifacia testimonió que el trabajo encuentra su sentido, no en la pretensión de acumular bienes, sino en la posibilidad de santificarse ejercitando las ocupaciones más humildes y sencillas, manifestando así que el cristiano ejercitando su trabajo no pone en riesgo su dignidad humana, sino que le posibilita alcanzar plenamente su identidad personal y su condición cristiana; o sea, que lo puede vivir como un medio para santificarse. De modo que, con su vida, Bonifacia inició un novedoso estilo de trabajar consistente en practicar la oración desde el ejercicio de las actividades laborales más cotidianas y sencillas. Unió oración y trabajo de tal manera que aquello que percibía en la contemplación lo ejercitaba y practicaba en la acción, logrando una perfecta unidad de esta doble vertiente en su persona. Es decir, Bonifacia se apropia y despliega el principio espiritual de *“buscar y hallar a Dios en todas las cosas”*, postulado y difundido por San Ignacio de Loyola.

Comprenderá su vocación como la vivencia del misterio de Jesús en Nazaret. Acercándose a la experiencia de Jesús, acogerá los rasgos que lo distinguieron: la humildad, la pequeñez y la confianza en Dios. Así, en la Sagrada Familia de Nazaret aprendió unas virtudes que marcarán toda su vida: la humildad, la obediencia y la oración. Más aún, el ejemplo de Nazaret le aportará a Bonifacia el sentido del trabajo, así como la relevancia de las ocupaciones más sencillas y el querer imitar a la Sagrada Familia reconociendo el valor santificador del trabajo. Mirando a Jesús trabajando en Nazaret, Bonifacia comprendió el trabajo vivido en la obediencia.

Reviviendo la experiencia de la Sagrada Familia en Nazaret, Bonifacia está iniciando un modo de encarnar el Evangelio desde las claves que caracterizan el misterio de Nazaret. Así, en éste descubrirá los siguientes rasgos que definirán su particular vocación de consagrada: la sencillez, la laboriosidad y la caridad. Además, desde Nazaret ella comprenderá que su existencia está llamada a desarrollarse desde la obediencia, la pobreza, la oscuridad y la alegría, todo lo cual vivido con misericordia.

También con su actividad en el Taller Bonifacia muestra una renovadora propuesta respecto a la experiencia del trabajo que en esos momentos se estaba extendiendo, en que el trabajador perdía su dignidad por el afán de acumulación de riquezas. En el Taller de las Siervas de San José se conseguirá alcanzar una comprensión del trabajo humilde donde se vive la santificación de los trabajadores. De tal modo que allí se realizan las labores desde el trabajo compartido de las operarias que alimenta la fraternidad ya que cada persona trabajaba según sus posibilidades.

A través de la dedicación al trabajo, Bonifacia junto a las otras Siervas de San José encontraban la alegría de vivir pro-

curando agradecer a Cristo por medio de sus tareas. También se sentían gozosas en medio de las labores más sencillas que les permitían identificarse más con Jesús siervo y trabajador. Durante el trabajo, esta alegría se cultivaba en el taller a través de la recitación de plegarias en las que se lograba disipar la tristeza y se llegaba a “*fomentar una santa alegría y jovialidad religiosa*”.

Por el trabajo, Bonifacia mostrará que se despliega la caridad, que a través de las tareas se afianzan las relaciones entre las trabajadoras, con vistas a conseguir lo necesario para el propio sustento y que se ejercita la caridad con los necesitados. Este trabajo era realizado desde la experiencia de Dios, por lo que el taller mostraba el potencial santificador del trabajo humilde, y estaba alentado desde el reconocimiento del cuidado que le aseguraba el patrocinio de San José. Esto le llevaba a mostrar que el trabajo sencillo santificaba a la persona ya que remitía y recordaba a Cristo, que vivió entre los hombres en actitud de servicio. A lo que se añade que con su trabajo Bonifacia no llegó a enriquecerse, sino que le permitió tener lo necesario para mantener a su Comunidad de religiosas, así como practicar la caridad con los beneficios del trabajo, que compartió con los necesitados, ofreciendo limosna a los mendigos y a los pobres, con lo que el trabajo de Bonifacia aportaba un bien social.

Integrando la oración en el desarrollo de las actividades laborales, Bonifacia mostró que el trabajo es un medio adecuado y posible para el encuentro con Dios. Con ello Bonifacia cultiva una espiritualidad caracterizada por la contemplación en la acción, por la que procuraba su santificación a través del trabajo. Así es como testimonió la posibilidad de desarrollar un trabajo impregnado de alegría, laboriosidad y plegaria. O sea, con su vida Bonifacia expresó la posibilidad de vivir el tra-

bajo como medio de satisfacción y santificación personal al estar iluminado por la oración. De tal manera que, en el ejercicio de los trabajos, la recitación de oraciones en el Taller josefino llevaba a reconocer la presencia de Dios en medio de las ocupaciones y permitía la purificación de las intenciones con que cada uno de los trabajadores lo realizaba.

Así es como se lograba hermanar el trabajo y la oración en el Taller al ser desarrollado como un ámbito muy propicio para la educación. De manera que en su Taller Bonifacia se dedicará a la educación de mujeres jóvenes, las cuales eran capacitadas para realizar un trabajo en dignidad. Esta educación se llevaba a cabo desde una experiencia de caridad con las alumnas, a las que se formaba desde un ambiente de respeto y disciplina. En esta formación para el trabajo se procuraba mantener el ejemplo de San José al educar a Jesús en Nazaret. Con esta dinámica educadora el Taller preparaba a las jóvenes para que fueran trabajadoras cristianas en su sociedad, con lo cual se aportaba la luz del Evangelio en el ejercicio de cualquier trabajo sencillo.

A través de su acción educadora, Bonifacia ofreció a las jóvenes una formación en la fe y en el trabajo, con vistas a que estuvieran capacitadas para la vida en el hogar y para realizar una ocupación con que obtener el sustento para su vida personal o familiar. Por medio de su educación Bonifacia les capacitaba para dedicarse a las más diversas tareas con laboriosidad y alegría, y también, les educaba a abrirse a Dios desde la actividad, enseñándoles a unirse a Dios en el trabajo a través de la oración.

Bonifacia mostró un estilo de trabajar caracterizado por la acción compartida de las trabajadoras, creando y manteniendo un clima de fraternidad en el Taller, a través de la acción conjunta de las religiosas y las jóvenes. De tal manera

que Bonifacia procuraba que se generara una relación de caridad entre los trabajadores en medio de las tareas realizadas, rechazando el individualismo, y también promoviendo que se compartiera entre todas las operarias lo obtenido con el trabajo desarrollado. De esta forma fue buscando que toda la comunidad, con ella al frente, permaneciera dedicándose a las acciones laborales y también que llevara a cabo una continuada acción apostólica. En consecuencia, Bonifacia, desde su particular vocación de Sierva de San José, ofreció un testimonio del potencial santificador de cualquier trabajo, aunque sea humilde y se ejercite a oscuras o desconocido de la vida social.

Sintetizando hallamos en Bonifacia la realización de una aportación específica para la Iglesia que consiste en actualizar las actitudes de San José en Nazaret. Como este hombre justo, se sintió elegida por Dios para llevar adelante una misión que le desbordaba. Siguiendo la estela de San José estuvo impregnada de las actitudes de sencillez, cercanía y confianza en las otras personas. De tal modo que ofrecía para el bien de los demás las cualidades que Dios le había concedido, y, sobresaliendo por su actitud de sierva, Bonifacia se entregó al servicio fiel de Dios y de los hombres desde la dulzura, firmeza y reciedumbre, todo ello animado por el vivo amor a Dios y al prójimo.

## CONCLUSIÓN

### **“GOZAR EN TU CASA DE LOS BIENES ETERNOS” BONIFACIA, UNA RELIGIOSA SANTA**

Con este apartado conclusivo de nuestra Carta Pastoral me centraré en presentar brevemente el camino eclesial que ha llevado hasta la Canonización de Bonifacia, así como en señalar cuál es el significado para nosotros hoy de que sea proclamada “Santa”. Para ello nos remitimos al momento culminante de su vida, es decir, a su tránsito de esta vida mortal a la vida eterna en la presencia de Dios. Así, cuando Bonifacia concluyó su existencia en este mundo, a principios de agosto de 1905, pronto en Zamora se extendió la noticia de su fallecimiento con la convicción extendida por el pueblo de que había muerto una mujer santa. Incluso en la prensa de la ciudad se informó expresamente del suceso, reflejando admirables impresiones de esta religiosa por la obra llevada a cabo en beneficio de las niñas huérfanas y de las jóvenes desempleadas en su “Colegio de las Desamparadas” en Zamora.

Además, su buena fama motivó que sus funerales fueran solemnes, contando con la asistencia de numerosas personas y de abundantes sacerdotes, siendo celebrados el día 9 de agosto, en la iglesia parroquial de San Juan de Puerta Nueva. A continuación su cuerpo fue sepultado en el cementerio San Atilano de Zamora. Allí permanecería hasta que el día 7 de marzo de 1945, que, por voluntad de la Congregación de las Siervas de San José, fue abierta su sepultura, se recogieron los restos, y después de ser examinados, fueron trasladados hasta Salamanca para ser depositados en la Casa General de la Congregación.

La Madre Bonifacia concluía su vida estando expresamente desgajada, junto a toda su comunidad de Zamora, de la Congregación de las Siervas de San José. Pero, sólo unos meses después de su fallecimiento, el día 23 de enero de 1907, se alcanzaba la unidad entre todas las Siervas de San José y se reintegraba a la Congregación a la comunidad de Zamora. Aunque habrían de pasar todavía algunos años para que la imagen devaluada y silenciada de Bonifacia se fuese difuminando entre las Siervas de San José, sobre todo, gracias a la localización de unos esclarecedores documentos sobre su vida y acerca de su participación decisiva en los orígenes de la Congregación. A partir de lo cual le fue redescubierto su protagonismo en la fundación de las Siervas de San José. Por ello, el año 1941, la Congregación la reconoció como su fundadora de modo oficial.

Las Siervas de San José irán recuperando progresivamente la memoria de Bonifacia. También se extiende en la Iglesia su fama de santidad, el reconocimiento de su vida de ejemplaridad, y la plegaria privada de numerosos fieles que se encomiendan a su intercesión para alcanzar sus peticiones dirigidas a Dios. Se inicia el Proceso diocesano de Beatificación y Canonización de Bonifacia Rodríguez de Castro en Zamora el año 1945, que se prolonga hasta 1962, pasando a la Congregación para las Causas de los Santos en 1973. Después de un largo y complejo itinerario de estudio pormenorizado de su vida, el año 2000 se promulga el Decreto que reconoce el grado heroico de sus virtudes, siendo considerada como Sierva de Dios. Así como, tras la aprobación de un milagro atribuido a su intercesión, es proclamada Beata por el Papa Juan Pablo II, el domingo, 9 de noviembre de 2003, en la Plaza de San Pedro del Vaticano, junto a otros cuatro venerables cristianos de diversos países. El día 27 de marzo de

2010, el Papa Benedicto XVI reconoce otro milagro debido a su intercesión y promulga el Decreto que autoriza su Canonización, y el pasado febrero determina que la presidirá en Roma el próximo 23 de octubre.

Nos vamos acercando al tan esperado día de la Canonización de la Madre Bonifacia, lo que nos impulsa a prepararnos con decisión y entusiasmo a este gran acontecimiento eclesial, que nos ayudará a percibir la actualidad y el valor de su vida.

Con la Canonización de la Beata Bonifacia la Iglesia enseña y ratifica lo que ya afirmó con su Beatificación, afirmándolo de un modo más solemne, a través del Magisterio del Pastor Supremo de la Iglesia. Se proclama de modo auténtico y perdurable que esta mujer religiosa y trabajadora está participando plenamente de la gloria de Dios en el Reino de los Cielos. Es decir, la Canonización conlleva que Bonifacia sea declarada “Santa”, porque la Iglesia tiene la firme convicción que con su vida de fidelidad a Jesucristo ya está gozando en la Casa del Padre de los bienes eternos. O sea, que ella vive para siempre junto a Dios compartiendo la felicidad de los Santos.

Así pues, celebrar su Canonización, nos impulsa a retomar el admirable ejemplo ofrecido por Bonifacia, ya que en ella descubrimos, como significa su mismo nombre, el “buen hacer” de Dios sobre cada hombre y mujer. Bonifacia ha permitido que Dios actuara muy bien a través de su vida, dejándole ser el “protagonista” de su itinerario. Por lo cual esta nueva Santa nos motiva, siguiendo su anhelo principal, a que pretendamos y procuremos con nuestra existencia “agradar” a Dios en todo. También celebrar la proclamación de Bonifacia como Santa, nos motiva a asimilar su particular vivencia del Evangelio, o sea, su experiencia vital de Nazaret. Lo cual

nos alienta a redescubrir la significación de los integrantes de la Sagrada Familia: Jesús, María y José, como modelos válidos y referentes constantes para nuestra vida cristiana.

Además su Canonización nos recuerda que Nazaret, asumido y vivido fielmente por Bonifacia, remite a la vocación de todo hombre y mujer al trabajo, así ella se comprenderá como una sencilla trabajadora. Lo cual nos muestra, como ha afirmado el Papa Benedicto XVI que: *“el trabajo ayuda a estar más cerca de Dios y de los demás. El mismo Jesús fue trabajador, es más, pasó gran parte de su vida terrenal en Nazaret, en el taller de José”*. Con esto se nos invita a asimilar la aportación que Bonifacia ofrece a la Iglesia: hermanar el trabajo y la oración, y también entregarse por el bien integral de los trabajadores, de modo especial por las mujeres jóvenes que lo necesitan.

De este modo la “santa” artesana nos alienta a afianzar el compromiso de la Iglesia por extender el Evangelio en el mundo del trabajo, así como por la promoción de una vivencia del trabajo que dignifique a la persona; y también, por ayudar a que la experiencia de los trabajadores les posibilite encontrar a Dios en sus acciones y ejercitarlas como un servicio a la sociedad, viviéndolo en justicia y caridad. Además celebrar su Canonización, en este contexto actual de precariedad y privación de trabajo para muchas personas, e incluso para familias enteras, nos implica, también a los cristianos, a favorecer y promover las condiciones y las iniciativas que generen un mayor acceso y logren la permanencia de todos, hombres y mujeres, en la vida laboral.

Venerada como Santa por la Iglesia, la Madre Bonifacia nos estimula, en especial a los fieles de esta Iglesia Diocesana en la que desarrolló su vida de santidad, a revivir su ejemplo

de hermanar oración y trabajo con su compañía. Esto implica que debemos orar con Bonifacia, es decir, hemos de integrar su intercesión en nuestra plegaria, de modo que recurramos en nuestra oración a Madre Bonifacia para que nos impulse a cultivar y progresar en nuestro seguimiento a Jesús de Nazaret, Siervo y Señor nuestro. Por eso debemos extender y expresar en nuestras comunidades parroquiales y religiosas la devoción a esta nueva santa tan nuestra, reconociéndola como una fiel y segura “bienhechora” de nuestra Iglesia que nos acompaña y cuida desde la morada de Dios.

También nos corresponde trabajar con Bonifacia, lo cual supone desarrollar acciones eclesiales por las que difundamos el recuerdo, el mensaje y la aportación de su vida tan fielmente cristiana, de manera que, siendo conocida por muchos, su buen ejemplo nos aliente a imitarla. Por eso nos corresponde dar a conocer a Bonifacia a los niños y los jóvenes en sus procesos de catequesis, y también, a todos los creyentes en los diversos grupos de formación cristiana. Además, trabajar con Bonifacia nos implica a que acrecentemos y ejercitemos, siguiendo su ejemplar caridad, los gestos de amor servicial, sobre todo con los más débiles, olvidados y marginados de nuestra sociedad.

Concluimos esta reflexión en torno a Bonifacia recogiendo su aprovechable legado, para lo cual nos apropiamos de la síntesis que el Beato Juan Pablo II ofreció sobre su vida en las Letras Apostólicas de su Beatificación: *“Esta admirable mujer dio auténtico testimonio de virtud, de manera especial promoviendo el trabajo cristiano al estilo de la Familia de Nazaret. Alabamos la vida de la beata Bonifacia y la invocamos públicamente, exhortando a todos a imitar fielmente sus virtudes”*.

Esperando y alegrándonos por su pronta Canonización le decimos confiados:

¡Querida y admirada Beata Madre Bonifacia, ruega por nosotros!

6 de junio de 2011

Memoria de la Beata Bonifacia Rodríguez de Castro virgen, religiosa y fundadora de las Siervas de San José.

† Gregorio Martínez Sacristán  
Obispo de Zamora

## ÍNDICE

Introducción .....	7
I. “ <i>Has llamado a Bonifacia</i> ”.	
Una mujer trabajadora vocacionada .....	11
II. “ <i>Seguir a tu Hijo en su vida oculta y servir a los pobres</i> ”.	
Bonifacia, fundadora y Sierva de San José ..	17
III. “ <i>Buscar tu Reino sobre todas las cosas</i> ”.	
Perfil espiritual de Bonifacia .....	31
IV. “ <i>Hermanando la oración con el trabajo</i> ”.	
El carisma josefino según madre Bonifacia .	43
Conclusión: “ <i>Gozar en tu casa de los bienes eternos</i> ”.	
Bonifacia, una religiosa santa .....	49